

# Dios y nuestro sufrimiento

De Job a C. S. Lewis

## Introducción general

Lidia Rodríguez

### 1. Justificación

Cuando pensamos en la vivencia espiritual cristiana, a menudo nos la imaginamos como un camino de gloria en gloria que hacemos acompañados por un Dios todopoderoso que nos libra de cualquier clase de mal... Pero, querámoslo reconocer o no, la experiencia personal y comunitaria nos muestran una experiencia menos triunfalista de lo que a menudo nuestra alabanza parece dar a entender. La vida tiene a menudo una cara menos amable, también para los cristianos.

En esta primera sesión quiero ofrecer, al menos, estas **cuatro razones** de por qué tratar el tema del sufrimiento humano en la iglesia:

1. En primer lugar, porque el sufrimiento es un misterio de la vida humana, que tarde o temprano nos afecta a todos. Todos hemos experimentado o experimentaremos en mayor o menor grado la angustia, el dolor, la congoja, la pérdida,... Son procesos universales, pero difíciles de aceptar. El padecimiento es difícil de definir, pero al mismo tiempo siempre resulta inconfundible y reclama nuestra atención. Nos condiciona, nos limita, desestructura nuestra persona y nuestro entorno. Hace desaparecer la ilusión de que todo marcha bien y de que controlamos la situación – incluso de que Dios controla la situación–. Lo que teníamos por seguro deja de valer y de ser suficiente. Acaba hasta con nuestros proyectos y nuestras esperanzas más arraigadas. Sabemos que el dolor y el sufrimiento son un arma de doble filo: en ocasiones no acerca, sino que aleja de Dios; en ocasiones no purifica, sino que amarga y deprime; en ocasiones no ayuda a madurar, sino que vuelve a la persona terriblemente egoísta y autocompasiva. Todo esto, de uno modo u otro, nos puede alcanzar, y es bueno reflexionar sobre el tema para que no nos pille por sorpresa.
2. En segundo lugar, porque es una de las preguntas a las que sin duda tendremos que responder en nuestra presentación de la Buena Noticia. En ocasiones, el sufrimiento lleva a los seres humanos a buscar a Dios; pero en otras, a desesperar de Él. El



sufrimiento, y sobre todo el sufrimiento que se percibe como injusto, produce queja y rechazo, hasta el punto de –como la mujer de Job– renegar de Dios al no ver su amor en una vida maltratada. Sabemos que una de las grandes acusaciones con que nos enfrentamos en la evangelización es: Si Dios existe y es amor, ¿por qué permite las guerras, el hambre, la muerte de los niños? ¿Por qué tanto sufrimiento? O no existe, o si existe, es un Dios insensible, frío, ciego e indiferente. Como cristianos, debemos dar tomarnos muy en serio estos planteamientos para no dar respuestas banales o simplonas a estas preguntas.

3. En tercer lugar, porque –aun sin ser conscientes de ello– cuando reflexionamos sobre el sufrimiento, cuando damos respuestas a los no creyentes o tratamos de consolar a nuestro prójimo empleamos ideas distorsionadas al respecto, que a menudo provienen del catolicismo sociológico. Me refiero a ese sustrato religioso que ha acuñado expresiones como “¡Qué cruz!”, para referirse a una situación dolorosa, o que interpreta como una prueba de Dios cualquier problemática personal o social.
4. Por último, porque sobre los miembros de las iglesias recae el peso del acompañamiento a la persona que sufre. ¿Quién cuida de los enfermos terminales, de los ancianos discapacitados, de los viudos y las viudas, de los niños pequeños? ¿Quién aconseja a mujeres maltratadas por sus maridos, o con hijos con problemas escolares, o de adicción a las drogas? En la mayoría de los casos, hermanos y hermanas de la comunidad que tratan de consolar y ayudar del mejor modo que saben y pueden, sencillamente porque están más próximos a la persona que sufre que el pastor, el anciano o el diácono. Y esto es un buen ejemplo del cuidado de unos a otros del que tantas veces nos habla el apóstol Pablo. Puede que en algunas iglesias no se le dé el nombre de “trabajo pastoral”, pero, de hecho, es un ministerio pastoral importantísimo que ha sostenido durante siglos la esperanza y la fe de muchos. Por ello, es necesario que aprendamos a llevar a cabo este ministerio de acompañamiento con sabiduría y cariño, de acuerdo a la voluntad de Dios.

A lo largo de estas sesiones intentaremos abordar de uno modo u otro estas cuatro razones, y nos acercaremos desde dos ángulos complementarios. Por un lado, vamos a ver **un testimonio bíblico** de profundo sufrimiento, que por supuesto no agotará en absoluto la riqueza del libro; como ya os imagináis, me refiero al testimonio de Job. Por otro lado, conoceremos a otro **creyente**, esta vez **contemporáneo**, que dejó testimonio escrito de su sufrimiento y de su reflexión sobre el dolor; me refiero a C. S. Lewis, profesor universitario y escritor cristiano, cuya biografía veremos en la película *Tierras de penumbra*.

## 2. ¿Es todo sufrimiento equiparable?

### 2.1 Introducción

Una primera pregunta que debemos aclarar antes de acercarnos al tema del sufrimiento es la siguiente: ¿podemos hablar de sufrimiento sin más, sin distinciones? ¿Podemos equiparar el dolor causado por la enfermedad terminal de un anciano con el causado por



la muerte violenta de un misionero en Afganistán o por la pérdida de un bebé en un accidente de coche? Creo que sí, y no.

Sí, porque todo padecimiento surge en un mundo empecatado, es decir, condicionado por el pecado. En un sentido general, el sufrimiento es causa del mal, del pecado, de la caída. El sufrimiento es un gemido de una humanidad que sufre el pecado, pero no necesariamente del pecado individual, sino de un mundo que, todo él, sufre a una con nosotros.

Además, todo sufrimiento humano, sea del tipo que sea, provoca reacciones similares. La angustia, la pena, la desorientación,... son reacciones universales al sufrimiento.

No, en tanto que las causas del sufrimiento son diferentes y hacen que se viva y se perciba de modo distinto. No podemos dar sentido a cualquier dolor por igual. No podemos valorar todo padecimiento por igual. Creo que conviene distinguir, al menos, dos tipos de sufrimiento diferentes.

Para acercarnos al primero de ellos, vamos a leer en pequeños grupos y a trabajar las preguntas que se encuentran a continuación.

### Preguntas para trabajar en grupo

1. Leed Job 24,1-8. ¿Qué situaciones indignan a Job en estos versículos? ¿Podrías resumir todos estos casos en una sola palabra?
2. ¿Recuerdas algún otro texto del Antiguo Testamento –por ejemplo de algún profeta– que trate del mismo problema?
3. ¿Vivimos hoy situaciones parecidas a las que vivió Job? Si es así, dad un ejemplo concreto.

## 2.2 Los cristianos sufrimos porque todos los seres humanos sufren

El sufrimiento es en muchas ocasiones consecuencia del **mal**, del **pecado**. Posiblemente, las cuatro quintas partes del sufrimiento de la humanidad se explican a partir de ese mal: el hambre del tercer mundo, la muerte a manos de terroristas, paramilitares o el ejército en Latinoamérica, enfermedades provocadas por la contaminación ambiental, por los cultivos modificados para lograr mayor productividad, las guerras para conseguir beneficios económicos, la soledad de ancianos abandonados por sus familias, los malos tratos y los abusos sexuales a mujeres y niños, enfermedades que se curan en occidente pero no en África,...

La avaricia, el mal y la estupidez humanos –es decir, lo que los cristianos llamamos “pecado”– causan gran parte del mal en este mundo. Contra este tipo de sufrimiento llamaron a luchar los profetas y el propio Jesús, y contra este tipo de sufrimiento es contra el que se rebela Job en estos versículos.

Todavía hay una parte importante de dolor cuyo origen no se encuentra en nosotros mismos: catástrofes naturales imprevisibles, enfermedades genéticas incurables,... Este tipo de dolor no siempre encontrará explicación última, y mucho menos justificación posible. Este sufrimiento, como le sucederá a Job, nos deja abiertos al misterio y en silencio.

Como decíamos en la justificación, la enfermedad, la desgracia y la muerte nos hacen solidarios con todo el género humano, porque es una experiencia universal. **Los cristianos sufrimos, sencillamente porque todos los seres humanos sufren.** Junto con todo el mundo creado, estamos viviendo todavía en un cosmos que padece las consecuencias del mal en su seno, que espera la restauración de todo lo bueno, como nos promete el libro del Apocalipsis:

*Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existe más. Y yo vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén que descendía del cielo de parte de Dios, preparada como una novia adornada para su esposo. Oí una gran voz que procedía del trono diciendo: "He aquí el tabernáculo de Dios está con los hombres, y él habitará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos. No habrá más muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas ya pasaron." (Apocalipsis 21,1-4)*

En este sentido, no nos distinguimos del resto de la humanidad, ni tenemos derecho de exigir a Dios ser diferentes. Pero, seamos sinceros: cuando llega el dolor, ¿no hemos sentido alguna vez que Dios se ha portado mal con nosotros, que ha incumplido su parte del trato, aunque inmediatamente nos hayamos reprimido y censurado? Hemos de afirmar con toda rotundidad que los hijos de Dios no estamos exentos de sufrir. Nuestra experiencia lo demuestra, como Job también nos lo demostrará.

Desgraciadamente, la Iglesia ha predicado en ocasiones un evangelio cómodo, triunfalista, que habla de prosperidad, de salir airosos de cualquier problema gracias a Dios –véase, por ejemplo, el mensaje que predicaban movimientos como el evangelio de la prosperidad o el énfasis en los milagros de sanidades–. Da la impresión de que el cristiano es ajeno a cualquier problema, porque Dios le cuida. El famoso lema evangelístico de años atrás “Sonríe, Dios te ama” ha llegado a banalizar el verdadero mensaje de salvación; hemos instrumentalizado a Dios con si Él existiera para nuestro provecho. Si caemos en el error de imaginarnos a nuestro Dios como un tapaagujeros que nos evita cualquier enfermedad o contratiempo en la vida, cuando éstos lleguen –que llegarán–, nos sentiremos traicionadas por Dios.

C. S. Lewis, a quien citaremos a menudo, reflexiona con una profunda honestidad al respecto de su propio dolor:

*Desde un punto de vista racional, ¿qué nuevo factor ha introducido en la problemática del universo la muerte de Helen? ¿Qué pie me ha dado para dudar de todo lo que creo? Yo ya sabía que estas cosas, y otras peores, ocurren a diario. Y habría jurado que contaba con ello. Me habían advertido -y yo mismo estaba sobre aviso- que no contara con la felicidad terrenal. Incluso ella y yo nos habíamos prometido sufrimientos. Eso formaba parte del programa. Nos habían dicho: “Bienaventurados los que lloran”, y yo lo aceptaba. No me ha pasado nada que no tuviera previsto. Claro que es diferente cuando una cosa así le pasa a uno y no a los demás, cuando pasa en realidad, no a través de la imaginación. Sí, pero a pesar de todo, ¿puede suponer una diferencia tan enorme para un hombre en sus cabales? No. Ni tampoco para un hombre cuya fe no fuera de pacotilla y al que de verdad le importaran los sufrimientos*



*ajenos. La cuestión está bien clara. Si me han derribado la casa de un manotazo, es porque se trataba de un castillo de naipes.*

*La fe que “contaba con todas esas cosas” no era fe, sino simple imaginación. Tomarlas en cuenta no significaba simpatizar realmente con ellas. Si a mí me hubieran importado -como creí que me importaban- las tribulaciones de la gente, no me habría sentido tan disminuido cuando llegó la hora de mi propia tribulación. Se trataba de una fe imaginaria jugando con fichas inocuas donde se leía “Enfermedad”, “Dolor”, “Muerte” y “Soledad”. Me parecía que tenía confianza en la cuerda hasta que me importó realmente el hecho de que me sujetara o no. Ahora que me importa, me doy cuenta de que no la tenía (Una pena en observación, 54ss).*

Hemos de afirmar con rotundidad que la felicidad del creyente no consiste en la ausencia de problemas. El cristiano, como todo ser humano, está sujeto a la enfermedad, a la muerte, al trato injusto en el trabajo, al sufrimiento emocional,... Este baño de realismo es fundamental para vivir nuestra fe como cristianos **adultos**, en lugar de como niños malcriados.

Lo que nos jugamos en esta forma de concebir nuestra fe es muy importante. La ausencia de sufrimiento haría del cristianismo una religión utilitaria, que carecería de profundidad y autenticidad; tendría, siguiendo la imagen de Job, algo de satánica, porque en una religión interesada no se da un verdadero encuentro con Dios, sino que se construye un ídolo o un tótem.

### 2.3 Los cristianos sufrimos porque seguimos a Jesús

Acabamos de ver que los cristianos sufrimos porque todos los seres humanos sufren en este mundo que todavía está bajo el poder del mal. Pero los cristianos también padecemos un tipo de sufrimiento específico, que el Nuevo Testamento simbolizará en la cruz de Cristo. Y para hablar de él vamos a acercarnos a los textos siguientes.

#### Preguntas para trabajar en grupo

1. En Mateo 16,24-25, Jesús pide a sus discípulos que tomen la cruz. ¿A qué se está refiriendo Jesús –fíjate en el versículo 21 y en el contexto del evangelio–?
2. Dad ejemplos concretos de lo que significaría tomar la cruz de Jesús hoy –en el trabajo, en los estudios, en la vida familiar–.
3. ¿Qué pone a prueba Dios, según 1 Pedro 1,6-7? ¿Para qué?

Como hemos visto en Mateo, la cruz de Cristo será el modelo de vida para todo discípulo que quiera seguirle. La señal de una vida auténticamente cristiana no consistirá en ciertos fenómenos ni en ciertas capacidades, sean cuales fueren, sino en la conformidad con el ejemplo de Jesús crucificado. El seguidor de Jesús lleva las marcas del sufrimiento, del conflicto y del rechazo que provocan su vida en conformidad a la voluntad de Dios. En este sentido, la fe no “facilita” la vida, sino que la “complica”, porque exige una mayor calidad humana.

**La cruz no es**, por tanto, **símbolo de una vida desgraciada**, como se suele emplear en el acervo popular, sino el símbolo de quien intenta vivir su fe de modo coherente, porque a éste le sobrevendrán las mismas persecuciones y tensiones que sufrieron los primeros discípulos. Cuando el Nuevo Testamento hace promesas en relación con las pruebas, se refiere precisamente a este sufrimiento, el que surge del seguimiento de Jesús:

*No os ha sobrevenido ninguna prueba que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser probados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la prueba la salida, para que podáis soportarla. (1 Corintios 10,13)*

*Hermanos míos, gozaos profundamente cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Pero tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna. (Stgo 1,2-4)*

Este es el **único sufrimiento que Dios “quiere”**: el que surge de la lucha contra el **sufrimiento**, cuando es el resultado de una forma de vivir que no soporta que la gente sufra<sup>1</sup>.

La mayor parte de los textos que reconfortan en el dolor tienen que ver con este contexto: con el sufrimiento que padecen los que siguen a Jesús y tratan de anticipar su reino: maledicciones, aislamiento social, asesinatos, etc. Un ejemplo reciente y conocido por todos nosotros, incluso manido, es el del pastor evangélico norteamericano Martin Luther King, asesinado el 4 de abril de 1968 por su defensa de los derechos civiles de la minoría negra en Estados Unidos. Él sufrió por la causa de Jesús. Creo que vale la pena que escuchemos algunas de sus palabras acerca del sufrimiento de los que buscan el reino de Dios y su justicia y reflexionemos sobre ellas a continuación:

*Diremos a los enemigos más rencorosos: A vuestra capacidad para infligir sufrimiento opondremos la nuestra para soportar el sufrimiento. Haced lo que queráis y seguiremos amándoos. Tened la seguridad de que os llevaremos hasta el límite de nuestra capacidad de sufrir.*

*El camino de la no violencia significa una disposición de ánimo para el sufrimiento y el sacrificio. Puede significar la cárcel, si tal es el caso, el resistente debe estar dispuesto a llenar las cárceles del Sur. Puede aún significar la muerte, pero si la muerte es el precio que un hombre debe pagar por liberar a sus hijos y a sus hermanos blancos de una muerte continua del espíritu, entonces, nada puede ser más redentor.*

---

<sup>1</sup> Esta expresión adapta una frase de José M<sup>a</sup> Castillo en su libro *Dios y nuestra felicidad*, pg. 72.



*Profundamente desalentado, he llorado sobre la laxitud de la Iglesia. Sí, la Iglesia es para mí el cuerpo de Cristo. Mas ¡ay!, cómo hemos envilecido y herido este cuerpo con la negligencia social y con el temor de convertirnos en posibles miembros disconformes. Hubo una época en que la Iglesia fue muy poderosa: cuando los cristianos primitivos se regocijaban de que se les considerase dignos de sufrir por sus convicciones. En aquella época, la Iglesia no era mero termómetro que medía las ideas y los principios de la opinión pública. Era, más bien, un termostato que transformaba las costumbres de la sociedad. En la actualidad todo ocurre de modo muy distinto. Y es que la Iglesia contemporánea es a menudo una voz débil y sin timbre, de sonido incierto. Si la Iglesia de hoy no recobra el espíritu de sacrificio de la Iglesia primitiva, perderá su autenticidad, echará a perder la lealtad de millones de personas y acabará desacreditada como si se tratara de algún club social irrelevante, desprovisto de sentido para este siglo (Martin Luther King, pg. 46.53.62s).*